

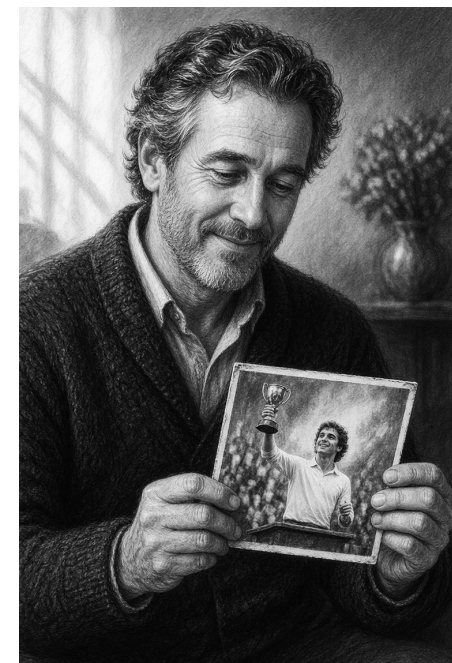
No estás aquí para ser eterno

Por Erik Silva

Me basta con hacer lo que me corresponde hoy. Sin dramatismos. Sin esperar aplausos. Solo con honestidad



Hoy me encontré una fotografía vieja en el cajón de los recibos. No debería estar ahí, pero así es como terminan muchas cosas: desubicadas, esperando que alguien las vuelva a mirar. Era una foto de hace unos quince años. Yo con una camisa que ya no tengo y un rostro que no reconozco del todo. Sonreía, pero no me acuerdo por qué. Lo curioso fue que, al observarla, no sentí nostalgia. Sentí extrañeza. Como si viera a otro. Un extraño que alguna vez fui. Me quedé quieto, foto en mano, y pensé: ¿cuánto de ese que fui todavía está en mí? ¿Y cuánto he soltado sin siquiera notarlo? Desde hace un tiempo me pasa esto. Pequeños momentos, interrupciones suaves en el ritmo del día, en los que algo me recuerda que nada es tan permanente como solía creer. Ni las cosas, ni los rostros, ni los ánimos. He intentado resistirme. Por años me aferré a la idea de que debía conservar, acumular, sostener. Que todo debía tener un sentido lineal. Pero últimamente siento que el mundo no es una línea. Es más como un círculo que se mueve, donde todo cambia y, al mismo tiempo, todo se repite. Esta mañana, en lugar de guardar la foto, la dejé sobre la mesa. No como un trofeo, sino como una advertencia suave. Una voz muda que dice: "Esto también pasará. Como pasó aquello. Como pasarás tú." Y lejos de entristecerme, me dio paz. Porque entendí —de una manera que no requiere palabras— que no tengo que conservar todo. Solo debo ser consciente mientras sucede. Estar



despierto en lo que me toca. Hacer lo que está en mí sin pelearme con el resto. Ya no me urge tener razón, ni ganarle al tiempo. Me basta con hacer lo que me corresponde hoy. Sin dramatismos. Sin esperar aplausos. Solo con honestidad. Hay algo liberador en entender que uno no está aquí para ser eterno, sino para ser presente. Guardé la foto por última vez, pero con otra mirada. Como quien sabe que no necesita volver a verla para recordar lo esencial. Porque lo que importa no está en la imagen. Está en la forma en que uno elige vivir lo que le toca. Y eso —si uno está atento— no se borra.